BICHAT Y NAPOLEÓN

DOS VIDAS PARALELAS

por el

Profesor Dr. PEDRO LAIN ENTRALGO

Catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid.
Del Instituto de España.

Fragmento del estudio «Vida y obra de F. X. Bichat», que servirá de Introducción al tomo BICHAT, volumen inicial de la Colección «Clásicos de la Medicina».

El día 22 de julio de 1802 escribe a Napoleón Bonaparte, entonces primer cónsul, el médico Juan Nicolás Corvisart, hombre de noble corazón y médico de cabecera del futuro emperador de los franceses. He aquí sus palabras: «Bichat acaba de morir. Vivió sobre un campo de batalla que también exige valor y cuenta ya con más de una víctima. Nadie, en tan poco tiempo, ha hecho tantas cosas, ni tan bien.»

Francisco Xavier Bichat, el hombre a quien se refiere la prosa lapidaria del solemne parte de Corvisart, es un médico que a fines de ese año había cumplido los treinta y uno de su vida. ¿Qué ha hecho este mozo para que Corvisart no vacile en perturbar la transitoria paz del águila de la guerra? ¿Qué hazañas son las que en tan gran número, en tan poco tiempo y tan bien ha sabido llevar a término?

EL HOMBRE

Bichat había nacido en Thoirette-en-Bresse, pueblo de viñedos, el 14 de diciembre de 1771. Su padre, médico y alcalde de Poncin, le enseña las primeras letras y acaso le inicia en la disección de animales. De Poncin pasa al colegio de los Padres Josefistas, de Nantua, y de allí al seminario de San Ireneo, en Lyón. Dicen sus biógrafos que en estos años de mocedad estudió Bichat con ahinco Filosofía, Matemáticas, Física e Historia Natural. En Lyón se concreta en una vocación clara y terminante la vaga afición a la Medicina, que acaso despertó en su alma el ejemplo paterno. Tal vez no sea ajena a la definitiva resolución la fama del cirujano lionés Antonio Petit, a cuyo lado se emplea el joven Bichat en la doble disciplina de la Anatomía y la Cirugía.

Corren mientras tanto los años de la Revolución. En Lyón manda a su antojo el alcalde jacobino Châlier, un «déspota insoportable», según el dictamen de Madelin. Tan a su antojo, que el pueblo en cuyo nombre ejerce el poder se levanta contra él, le juzga y le ejecuta. Fouché y Collot d'Herbois, comisarios de la Convención, organizarán las matanzas de Frimario para vengar la muerte del que llaman «el virtuoso Châlier». *La boucherie a été bonne,* escribe desde Feurs, a dos pasos de Lyón, el «tierno» Javogue.

Bichat, médico ya, comparte la lucha y el dolor del pueblo lionés. En el famoso sitio que la ciudad sufrió —*trop fameux,* según un comentarista—«tuvo ocasión —se nos dice—de dar pruebas de valor y abnegación». Pero el clima político de Lyón se ha hecho ingrato, tal vez peligroso. Durante el verano de 1793, en los meses que transcurren entre la ejecución de Châlier y las matanzas de Frimario, Bichat decide trasladarse a París. Vuelve antes a Poncin, con objeto de proteger a sus padres de las vejaciones de los *sans-culottes*; se detiene algún tiempo en Bourg, cuyo hospital frecuenta—en Bourg trata a Récamier, cirujano militar de diecinueve años y futuro inventor del espéculum vaginal—, y antes de que el año del Terror acabe, por los días en que Manon Roland sube al patíbulo, llega el joven Bichat a la ribera del Sena y comienza su carrera fulgurante. En París le aguardan unas cuantas experiencias decisivas: conocerá a los médicos Desault, Corvisart, Chaussier y Pinel, y acabará de conocer la Revolución.

Parece que el primer propósito de Bichat fué hacerse cirujano militar. Esta inicial tendencia hacia la Cirugía—no olvidemos su aprendizaje de Lyón, junto a Antonio Petit—le lleva a buscar el vigoroso magisterio de Desault en el Hôtel-Dieu. En el estudio preliminar a su edición de las obras del maestro nos ha dejado Bichat un excelente retrato de este gran cirujano: «Era Desault—escribe Bichat—de estatura mediocre y proporciones regulares. Las grandes facciones de su rostro, sus pequeños ojos, una frente despejada y una faz llena, le componían una fisonomía en la cual algo severo os inhibía, sin llegar a repeleros. Era su marcha precipitada; su contenido, noble; sus gestos, animados; su voz, fuerte, sin ser sonora; su dicción, pocas veces elegante, pero siempre expresiva... Desault sustituyó el encanto de la palabra por el fuego de su dicción. Todo parecía animarse en él cuando enseñaba. Era de ver cómo pintaba una enfermedad con su aire y sus gestos, al mismo tiempo que su boca recitaba la historia clínica; cómo su actitud variaba a cada instante, según lo que quería expresar, y llegaba hasta a hacerse ridícula para quien no estuviese arrastrado por su entusiasmo; cómo con toda su apariencia hablaba a los sentidos, a la vez que con sus preceptos a la mente del que le oía; cómo a toda su persona la agitaba, por así decirlo, el genio del arte.»

No era precisamente cómodo el servicio de Desault, un titán del trabajo cotidiano: bien temprano, la consulta pública; luego, la visita hospitalaria y la sala de operaciones; más tarde, la lección teórica en el anfiteatro; por fin, las autopsias, en los sombríos sótanos del Hôtel-Dieu. Era frecuente que este gran trabajador durmiese en el hospital, para ganar así algún tiempo a la mañana siguiente. Una hermosa jornada, en suma. No menos de tres horas solía consagrar Desault, según el testimonio de Bichat, a cada una de sus lecciones.

Era costumbre en aquel Servicio que un alumno distinguido recogiese el contenido de la lección pública y la redactase en forma de extracto. Al día siguiente se

leía este resumen después de la lección magistral, ante el segundo cirujano de la clínica. Cierto día en que Desault había disertado sobre las fracturas de la clavícula, falta el alumno designado para reseñar la lección, y Bichat se ofrece para sustituirlo. Veinticuatro horas más tarde lee Bichat su extracto. Esta lectura produce sensación y pone la primera piedra de su fama: la precisión de los conceptos, la pureza del estilo y la exactitud del apuntamiento dejan ver con evidencia un maestro próximo en aquel alumno sustituto. Manoury, el segundo del Servicio, habla al jefe, y el gran cirujano quiere conocer a Bichat. Conversa con él, adivina sus geniales posibilidades, le ofrece su casa, y desde entonces es el joven Bichat un hijo más de Desault. La suerte del recién llegado parece decidida: será cirujano, el gran cirujano llamado a cumplir aquello a que su maestro no supo llegar. Los libros de Cirugía—escribirá Bichat en 1796—son actualmente como pirámides a las que falta el vértice. Los trabajos de Desault habrían podido constituir ese vértice. «¿Por qué no lo forman?—prosigue el discípulo—. He ahí un vacío que colmar; nos falta todavía un libro de Cirugía.»

Bajo el inmediato magisterio de Desault, Bichat trabaja con ardor. Es el asistente del maestro en el hospital, visita una parte de sus enfermos privados, responde a las consultas que llegan de todos los rincones de Francia, prepara la parte histórica de las lecciones magistrales, diseca cadáveres en las horas libres. Pronto, sin embargo, será cortado el hilo de esta prometedora labor cotidiana.

Poco antes, en marzo de 1793, había sido detenido Desault por la Policía de la Convención, acusado de no haber curado bien a los escasos heridos revolucionarios del 10 de agosto de 1792. La Revolución recela del gran cirujano y al propio tiempo le adula, práctica que nunca es nueva y jamás llega a ser vieja. En 1792 ha sido nombrado miembro del Comité de Santé des Armées; en 1793 le detienen durante su lección en el anfiteatro. Tres días más tarde se le devuelve la libertad; «sólo a la necesidad que se tenía de él debió una libertad que no esperaba», comenta Bichat. Vienen luego semanas inciertas, siempre con la amenaza de la guillotina. Vuelve el médico, por fin, a su ardua tarea diaria; en esa época debió de conocer a Bichat. Pero ni la fiebre del trabajo ni los tardíos e insatisfactorios honores con que se intenta el desagravio logran devolver a Desault su antigua firmeza. Los sucesos de Termidor le sumen en «el abatimiento más profundo». Pocos meses más tarde, en junio de 1795, muere en su domicilio de modo casi súbito.

Bichat queda otra vez solo, poco antes de cumplir sus veinticuatro años; pero su soledad va a ser ahora la soledad fecunda de los espíritus verdaderamente fuertes. Una sed inmensa de creación personal se despierta entonces en su alma. Cuídase en primer término—*noblesse oblige*—de pagar al maestro su deuda de discípulo y casi hijo: recoge la dispersa producción científica de Desault y edita los tres tomos de sus *Oeuvres chirurgicales*, precedidas de un *Discours préliminaire*, que estará siempre entre las mejores piezas de la literatura médica. Y mientras con mano piadosa redacta el primer volumen, dedicado por él a la memoria de Desault y a la solícita presencia de Corvisart, gran amigo del maestro difunto, va edificando en su espíritu el plan de su obra futura.

Descúbrese sin esfuerzo en los primeros trabajos de Bichat cierta indecisión vocacional. La Cirugía le atrae; el influjo póstumo de Desault le arrastra. En 1795 publica en el volumen IV del *Journal de Chirurgie* una «Notice historique» sobre su maestro. En las Memorias de la recién fundada Société Médicale d'Emulation—Bichat ha sido el redactor de su reglamento—describe un modelo de trépano de su invención y hace imprimir dos notas terapéuticas: una sobre las fracturas de la extremidad escapular de la clavícula y otra acerca de la ligadura de los pólipos. Vive aún, bien se ve, bajo el signo de Desault (1). Transcurren varios meses de esfuerzo e incertidumbre en aquel París, incierto también, del Directorio, mientras Bonaparte galopa por los collados del Piamonte y por los llanos de Lombardía, desde Montenotte a Arcola.

Pronto pasa esta inevitable irresolución: 1797 va a ser un año decisivo para estos dos hombres jóvenes, Bonaparte y Bichat. El primero, general de veintiocho años, vence en Rivoli y logra la paz de Campo-Formio. Bichat, médico de veintiséis, abre en el anfiteatro de la Rue du Foin su primer curso de Anatomía. Los dos, cada uno a su modo, tendrán luego su Marengo y su Waterloo.

El curso de Anatomía del joven Bichat ofrece importantes y sugestivas novedades: la disección anatómica va acompañada de vivisecciones, demostraciones operatorias, notas fisiológicas—Chaussier debió de ser su incitador—y alusiones a los resultados de su investigación personal. Durante este primer curso describe con el nombre de «membranas sinoviales», desde entonces definitivo, las hasta entonces llamadas «bolsas mucosas» de las articulaciones: es el primer destello de la ya próxima noción de «tejido» (2). Tan nueva es la enseñanza anatómica del cirujano Bichat, que su misma novedad cambia radicalmente los propósitos del maestro y orienta con fuerte seguridad su vocación indecisa: el cirujano dejará de serlo y se hará anatomista y fisiólogo.

En 1796 había escrito estas ambiciosas palabras: «La Anatomía no es tal como se nos enseña; la Fisiología es una ciencia por rehacer» (3). En 1798, mientras Bonaparte vence en las Pirámides, lee Bichat la *Nosographie philosophique*, de Pinel, da su segundo y último curso de Anatomía quirúrgica y resuelve abandonar la Cirugía, aunque no el ejercicio médico. Escribió a su padre, que no quería resignarse a no ver en el hijo un sucesor de Desault: «Joven aún, quiero comenzar mi práctica con una reputación que me permita no visitar sino los enfermos que me convengan.» Pero en el fondo mismo de su alma—ese fondo de la persona al que no llegan ya ni el padre ni la madre—, Bichat está seguro de no ser clínico. Ved, si no, los temas de sus dos próximas publicaciones: una *Dissertation sur les membranes et sur leurs rapports généraux d'organisation*, con la cual completa su Memoria sobre las sinoviales y preludia el *Traité des membranes*, y una prometedora investigación morfológica, la *Mémoire sur les rapports qui existent entre les organes à formes symétriques et ceux à forme irrégulière*, que contiene en germen una parte de sus *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*.

Obsérvese el curso de estas dos vidas paralelas. En

---

(1) Un examen del contenido de entrambos trabajos hace ver, no obstante, la independencia de espíritu del discípulo: en su *Mémoire sur la fracture de l'extremité scapulaire de la clavicule* demuestra Bichat que en este tipo de fracturas es inútil el vendaje de Desault; y su contribución al tratamiento de los pólipos—*Description d'un procédé nouveau pour la ligature des polypes* es su título—demuestra la inutilidad, cuando no la desventaja, del portanudos de su maestro. Todo discípulo genial se ve en la necesidad de ser intelectualmente infiel a quien le enseñó.

(2) *Mémoire sur la membrane synoviale des articulations*, en las *Mémoires de la Société Médicale d'Emulation*, vol. II.

(3) Magendie, más radical y menos justo, dirá pocos decenios más tarde que la Fisiología «es una ciencia por hacer». Crear históricamente es casi siempre «rehacer», y ésta es la empresa que Bichat se proponía.

diciembre de 1793 aparece el oficial Buonaparte junto a las cureñas de Tolón; en torno a esos mismos días se revela el aprendiz de cirujano Bichat a los ojos de Desault. El 13 Vendimiario de 1795 llega frente a las Tullerías el general de brigada Buonaparte con los cañones del campo de Sablóns—todavía escriben «Buona-Parte» el nombre de este generalito de artillería—y reafirma al amenazado Barras: tres meses antes ha muerto Desault y Bichat decide trabajar por sí solo. En 1797 vence Napoleón en Rivoli y dicta su voluntad en Campo-Formio; Bichat, entre tanto, describe como membrana la sinovial y abre su primer curso de Anatomía. El año 1798 lleva a término el corso su segunda y última empresa como general del Directorio: la campaña de Egipto: ese mismo año hace Bichat su segundo y último curso de Anatomía quirúrgica. Napoleón prepara el 18 Brumario (1798 y 1799); Bichat publica los trabajos que preludian sus dos primeros libros. Golpe de Estado del 18 Brumario: Napoleón derriba el Directorio y manda como primer cónsul; pocos meses después, Bichat, anatomista y fisiólogo «puro», ya en posesión plena y consciente de su gran mensaje, da a las prensas sus dos grandes obras iniciales: el *Traité des membranes* y las *Recherches physiologiques sur la vie et la mort*. Napoleón habla en Monbello de un «olvido de las querellas», y en París promete «la felicidad del pueblo»; Bichat, por su parte, elogia en las *Recherches*, contraponiéndola a la época del Terror, la definitiva llegada de un tiempo en que «la seguridad y la abundancia suscitan las pasiones alegres, tan naturales en los franceses». En 1800 triunfa Napoleón en Marengo, vence Moreau en Hohenlinden, firmase la paz de Luneville, es nombrada la Comisión preparadora del Code civil; Bichat, mientras tanto, llega a ser médico del Hôtel-Dieu y redacta el texto original de la *Anatomie générale*...

Alguien juzgará artificiosa la composición de estas dos nuevas vidas paralelas. Quienes contemplen la existencia cotidiana de Bichat entre 1797 y 1802, y sepan, además, penetrar en el espíritu del hombre que la hace y la vive, no tardarán en advertir la honda razón que da fundamento al paralelo. Arden uno tras otro los días de Bichat, quemados por una pasión infinita de triunfar y vivir. Retratando a Desault, ha pintado su propio retrato: «La gloria—escribe—alimenta los talentos. Su esperanza es la espuela de los que se forman; su posesión, el premio de los que se han formado... Desault sintió que la gloria era para él una necesidad: esa feliz necesidad que cambia nuestros gustos, extingue nuestros deseos y, transformando casi toda nuestra existencia, sustituye en nosotros ese tumulto de las pasiones que aleja a las ciencias, por la soledad del corazón que las llama...» «Yo no me debo sino a mi gloria», dirá pocos años después Napoleón, máximo sediento de ese vino alucinante.

El trabajo diario de Bichat llega a ser, literalmente, febril: vivisecciones, disecciones anatómicas, autopsias anatomopatológicas, experimentos de laboratorio con piezas semicorrompidas, lecciones teóricas, discusiones en la Société d'Emulation. Dirige personalmente las disecciones de ochenta alumnos, abre en un solo invierno seiscientos cadáveres, vive y duerme en la sala de disección. Ni siquiera esto le sacia. En el invierno de 1799 logró una autorización para trabajar con cadáveres de guillotinados. «Los tenía a mi disposición—escribe Bichat en las *Recherches sur la vie et la mort*—treinta a cuarenta minutos después del suplicio.» Su extrema avidez de cuerpos muertos le llevará hasta entablar un tráfico clandestino con cierto sepulturero del cementerio de Santa Catalina... Ante esta necesidad de cadáveres y de gloria, ¿no se le ve a un paso de apelar, como Napoleón, su paralelo, al rendimiento demográfico de una noche de París?

Dije antes que su labor ordinaria es, literalmente, febril. No hubo en ello hipérbole. Una hemoptisis grave le sobrevino en el curso de cierta lección y le obligó a interrumpir su ingente tarea. Pronto se repone y vuelve al trabajo con más ahínco, tal vez con más desesperación. ¡Si fuera sólo al trabajo! «El laborioso fisiólogo, el escritor infatigable, hallaba todavía, según el decir de sus contemporáneos, tiempo para abusar de los placeres», escribirá de él en 1866 el circunspecto doctor Cerise, en su *Notice sur la vie et les travaux de Bichat*; practicante, «de una castidad menos cierta y menos anormal que la que suele atribuirse a Paracelso», le describe en 1943, con ingenio muy siglo XX, el agudo Henri Mondor...

La salud de Bichat, *Minervae et Veneri immolante*, es cada vez más precaria. En 1801 publica la *Anatomie générale*, su obra cimera. En el invierno de 1801 a 1802, transido ya de ansia agónica, da un curso soberbio de Anatomía patológica, publicado luego por Béclard, y anuncia un *Traité d'Anatomie pathologique*. No podrá, sin embargo, redactarlo. El 6 de julio de 1802 sufre en la escalera del Hôtel-Dieu una caída que agrava súbitamente su dolencia. Corvisart y Lepreux, que le atienden con cálida asiduidad, no podrán evitar su muerte a los dieciséis días del accidente. Pocas horas más tarde escribía Corvisart al primer cónsul su mensaje memorable: «Bichat acaba de morir. Vivió sobre un campo de batalla que también exige valor y cuenta ya con más de una víctima. Nadie, en tan poco tiempo, ha hecho tantas cosas, ni tan bien.»

Según Buisson, su amigo y biógrafo, había sido Bichat un hombre alegre y franco, incapaz de cólera y de impaciencia, pronto siempre a cambiar de opinión ante la objeción de cualquiera, si ésta era sólida, generoso hasta el desprendimiento con sus discípulos, dispuesto en todo tiempo a renovar con sus detractores una amistad que sólo ellos habían quebrantado.

Así vivió y así era el hombre cuya muerte anunciaron a Bonaparte el 22 de julio de 1802, cuatro meses después de haber firmado la paz de Amiéns. Napoleón, pacificada Francia y vencida Europa, se dispone a reordenar el mundo. Jamás logrará redactar la ordenación que entonces planea: como la de Bichat, que nunca pudo componer su *Traité d'Anatomie pathologique* y jamás diseñó la Patología científica que soñaba, la actividad genial e incesante de Napoleón está destinada a no pasar de la victoria y el proyecto. *Homo sum, et nihil perfecti a me proprium puto*, pudieron decir los dos y podemos decir, con ellos, todos los mortales.